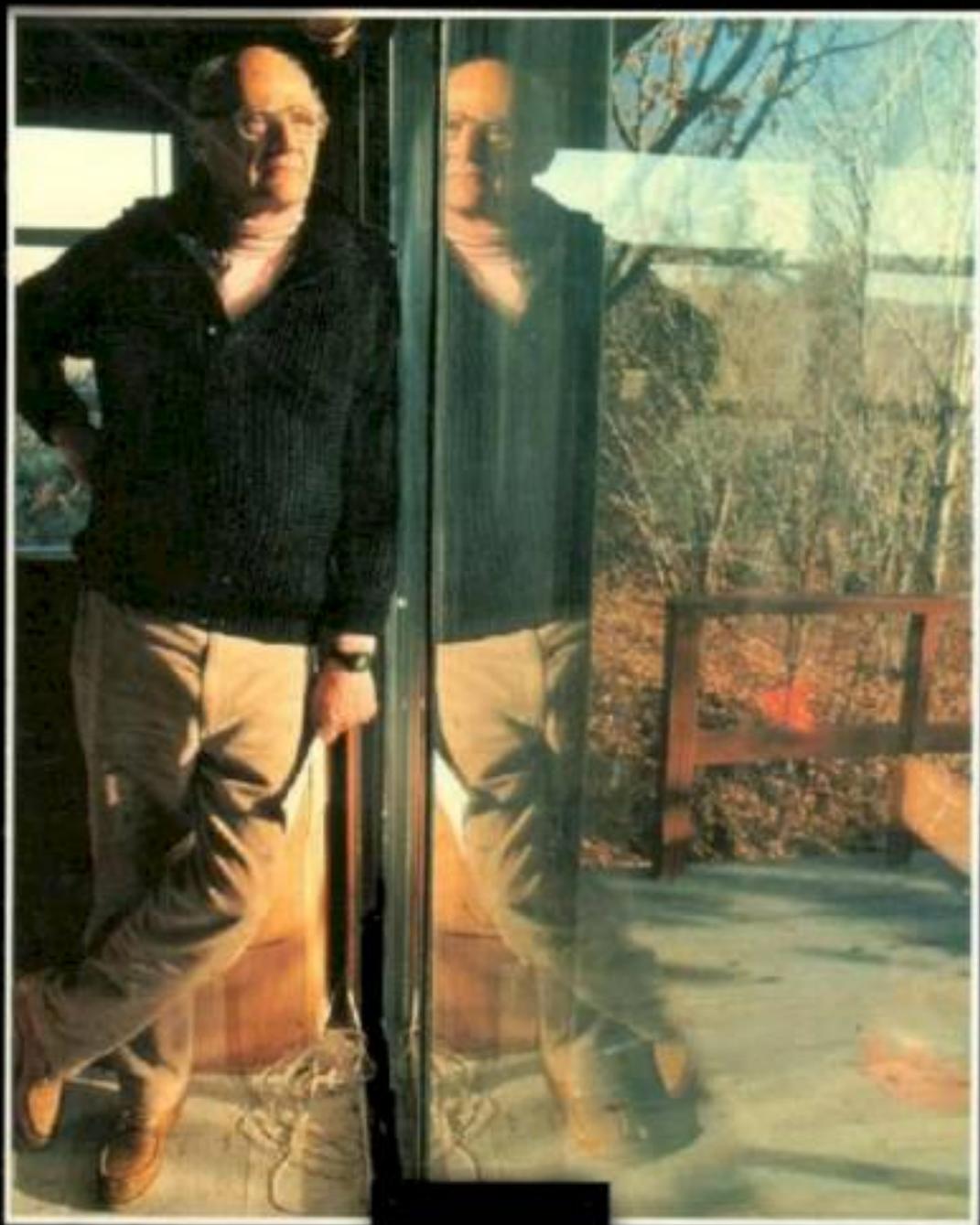


# Arthur Miller

## VUELTAS AL TIEMPO

Autobiografía



Esperada con curiosidad y publicada en todo el mundo con gran recibimiento de público y crítica, ésta es la autobiografía del hombre que escribió *La muerte de un viajante*, una de las mejores obras de teatro norteamericanas de nuestro siglo, y del hombre que durante toda su vida pública se enfrentó a las presiones del *stablishment*, como lo demostró durante la «caza de brujas» del general McCarthy. Nacido en 1915, un año después del estallido de la primera guerra mundial, tenía 14 años cuando ocurrió el *crack* de Wall Street, era un adolescente durante la Represión y un estudiante bajo el New Deal. La historia de Miller, contada con una extraordinaria viveza y habilidad, es la historia del siglo veinte en los Estados Unidos, la historia de un brillante intelectual que, con Broadway a sus pies y Marilyn Monroe a su lado durante unos años de su vida, parecía reconciliar opuestos imposibles convirtiendo en realidad el sueño americano.

Vueltas al tiempo

Arthur Miller

Para Inge

## Uno

Lo que se ve desde el suelo es un par de botines negros y puntiagudos, uno de ellos moviéndose con nerviosismo, y más arriba la falda de color ciruela que asciende desde los tobillos hasta la blusa, y más arriba aún, la cara joven y redonda, y los cambiantes tonos de su voz mientras parlotea por el teléfono de pared con una de sus dos hermanas, actividad que proseguiría durante el resto de su vida, hasta que primero una y después la otra, gastaron el cable y desaparecieron en el cielo. Baja los ojos entonces y ve que yo alzo los míos desde el suelo del vestíbulo, se inclina y trata de apartarme de sus pies. Pero es necesario que me recueste en su botín, y de muy arriba, por entre la falda y la oscuridad, la oigo reír con alegría ante mi insistencia.

Tiempo después, una perspectiva algo más elevada, a unos setenta y cinco centímetros del suelo: ella está sentada junto a la ventana de un sexto piso que da a Central Park, con el perfil aureolado por el sol vespertino, el cabello aún largo aunque recogido en un moño, los brazos gorduzuelos embutidos en el algodón fino de las mangas de la blusa, encima de una falda más corta ya y de unas chinelas de terciopelo. Apoya ambas manos en un libro abierto sobre el regazo mientras escucha con atención a un joven de gafas gruesas, pipa y barba corta, un estudiante de Columbia al que paga dos dólares por tarde todas las semanas, sólo por visitarla y hablar de novelas con ella. Apenas conoce a nadie, dentro o fuera de la familia, que haya leído un libro, pero ella es capaz de comenzar una novela por la tarde, reanudar la lectura después de cenar, terminarla hacia la medianoche y recordarla con detalle durante toda la vida. Se acuerda además del nombre de todos los miembros de la familia real británica y de sus primos alemanes. Pero su secreto motivo de envidia, que su desprecio pone al descubierto, es *Madame Lupescu*, la aman-

te judía del rey Carol de Rumanía, y también, según piensa ella, cerebro de éste.

Vuelve a pasar el tiempo y la perspectiva se eleva ya a metro y medio del suelo: desde aquí la veo con zapatos de tacón alto y hebillas que imitan el diamante, un vestido negro de lentejuelas hasta la rodilla, y un sombrero negro y plateado de campana encima del pelo corto. Tiene los labios rojos de pintura. Tiene mucho pecho y redondos los brazos, y siempre que se acicala para salir acostumbra estirar hacia abajo el labio superior para afilar la nariz chata. Lleva diamantes en los dedos y arrastra por el suelo una piel de zorro plateado mientras promete volver a casa con la partitura de la música del espectáculo que van a oír, de Kern, de Gershwin o de Herbert, y que a la mañana siguiente interpretará al piano de cola Knabe y cantará con su alegre y algo chillona voz de soprano, muy en su punto, muy romántica, muy al día. Mantiene alta la cabeza para alisar la papada, pero también por el incierto orgullo de ir con él, que es una cabeza más alto que ella, tiene ojos azules y una piel tan blanca que casi es transparente, y unos rizos rubios tirando a rojos que realzan su aspecto de concejal intachable, de persona a quien los policías se sienten movidos a saludar, los *maîtres* a buscar mesa, los taxistas a parar cuando llueve; un hombre que no comerá en los restaurantes donde el agua no se sirva en copa, un hombre que ha fundado una de las dos o tres industrias de confección más importantes del país en la época, y que no sabe leer ni escribir en ningún idioma.

Una perspectiva posterior: la casita de Brooklyn por la que ella se desplaza en zapatillas, suspirando, maldiciendo con una sonrisa de desprecio en los labios, echándose a llorar de súbito y conteniéndose acto seguido, manteniendo encendida la calefacción en invierno con el mínimo de carbón, ganando el dinero para comer en las mesas de *bridge* profesional que hay por todo Midwood, por todo Flatbush, donde se apuesta muy alto y donde hay

ocasionales redadas de la policía, a cuyos agentes pide que la dejen ir a casa para hacer la cena. Se había hundido en la sentina de la Depresión, cuando desembocar en la comisaría por tratar de ganar un dólar no representaba, como muy poco tiempo atrás, el eclipse total de la respetabilidad. Mi madre se movía con los tiempos.

Este deseo de avanzar, de metamorfosis –aunque tal vez se trate de una capacidad para ser contemporáneo–, me fue concedido como una condición vital inexcusable y legitimada. Estar preparado para el cambio, estar en transición continua. Era lo que ella y mi padre habían sabido desde siempre. Ella había nacido en Broome Street, en el Lower East Side de Manhattan, su padre, Louis Barnett, un contratista textil, una unidad de la masa frenética donde todos se atropellaban para apoderarse del becerro de oro cuando se presentase. Al igual que Samuel, padre de mi padre, Louis procedía de la aldea polaca de Radomizl y es probable que estuviesen lejanamente emparentados. Lo he creído siempre porque se parecían mucho: ambos eran sujetos imperturbables, de piel muy clara, aunque el abuelo Samuel, pese a la notable combadura de la columna, fue un hombrecillo cuya mujer e hijos, cosa excepcional en la época, rebasaban el metro ochenta de estatura. Todos se habían encontrado en estado de mutación desde su niñez europea, antes incluso de abríseles las puertas de la emigración en la década de 1880, ya que vivían en una zona cultural intermedia entre el idioma y el influjo austro-alemanes, el campesinado polaco y su identidad judía. Para ellos, cualquier rasgo alemán representaba el punto cultural máximo.

Louis Barnett llevaba perilla, el resto del pelo se lo cortaba con mucho cuidado, se bañaba dos veces al día en verano, hacía que le planchasen las corbatas junto con las camisas, guardaba los sombreros en las cajas originales y doblaba los pañuelos y los calcetines para echarlos en la cesta de la ropa sucia. Y dormía con tres almohadas, una

muy ancha debajo de otra más estrecha y un pequeño cojín encima de ambas. Dormía con el solideo judío de raso blanco, que también se planchaba, con una raya diametral que partía de la frente y pasaba por la coronilla, y permanecía de espaldas, con las manos entrelazadas sobre el abultado estómago, sin moverse en ningún instante, hasta que despertaba por la mañana con la ropa de cama tan lisa y helada como cuando la apartó la noche anterior. Sé todo esto porque durante la Depresión ya no tenía casa propia y él y yo compartíamos la misma pequeña habitación de la casita de Brooklyn. Cuando dormía, el alma se le salía del cuerpo y se estaba sin hacer nada hasta que volvía por la mañana para el desayuno. Jamás le oí pronunciar una palabra que pudiera tener vinculación con un pensamiento, ni un sonido que no fuera de utilidad inmediata, o un simple saludo o una despedida. Cuando en 1940 le dijo mi madre que me iba a casar con una chica gentil, no dijo nada, pero mientras ella esperaba respuesta al otro extremo de la salita brooklynesa, de tres metros y medio de lado, él cogió un grueso despertador que alguien había dejado en una mesa próxima y se lo arrojó, no alcanzando por poco la cabeza de la hija. Había sido propietario de una empresa floreciente en los años veinte, sin embargo, y había ido adquiriendo fama de propenso a la acción directa. A los cabecillas sindicales de su contingente laboral los invitaba a subir hasta el final de una escalera y mientras hablaba con ellos del modo más juicioso, les propinaba un fuerte empujón para que sus cabezas chocasen y echaba a los atónitos individuos escaleras abajo. Pensaba que Franklin Roosevelt no habría tenido que competir por la presidencia con Herbert Hoover porque el primero no había dirigido nunca una empresa. Esta idea, que no tardaría en ser moneda corriente entre los republicanos, se le había ocurrido a él solo. Cinco años más tarde, sin embargo, pensaba que a Roosevelt habría que coronarlo rey y que mientras viviese no tendría que haber

más elecciones. Louis pensaba que las elecciones eran una ofensa para los que estaban en el poder, tan influyente era su parte alemana. Con el tiempo, su desdén por mi esposa gentil, Mary, menguó un tanto, pero sólo porque su continua presencia en el círculo familiar representaba una especie de orden; era al desorden contra lo que había arrojado el despertador.

Pero todo esto sucedió después del hundimiento, de la Gran Catástrofe de 1929, que una vez más transformaría la vida transformada de todos. En los años veinte, en el piso de la periferia de Harlem, seis plantas por encima del célebre parque, desde cuyas ventanas columbrábamos un buen trecho del centro urbano, incluso el puerto, según parece, no pensábamos en política. A mi padre, Isidore, se le antojaba extraño que a individuos como Morris Hillquit, el dirigente socialista, se les llamase «librepensadores». Le divertía y le causaba estupor. «¡Deja en libertad sus pensamientos!». Con lo que quería decir que ya no tenía ninguno. Los domingos, el *New York Times* se desplegaba sobre la alfombra oriental de la salita, la cálida sección de rotograbados se podía particularmente simpática, con aquellas fotos estimulantes del atractivo personaje de Arrow Collar, sobre todo el pastor alemán de orejas tiesas, en actitud sedente junto a él; el capitán de corbeta Byrd, con su intrépido uniforme blanco y sus expediciones polares, a las que fantaseaba con unirme en cuanto me dejaran entrar en los *boy scouts* (porque llevaba consigo un puñado de afortunados *scouts*); y el presidente alemán Hindenburg encabezando un desfile sobre un gigantesco semental negro, con bolsas bajo los ojos, idénticas a las del rey de Inglaterra, incluso a las del príncipe de Gales, idénticas asimismo a las de mi padre y mis dos abuelos. Mi madre era la única que leía la sección de noticias, por lo menos la hojeaba antes de pasar a las interesantes naderías sobre los teatros, de los que en Broadway habría sesenta o setenta, y a las crónicas de sociedad, cuyas grandes familias y res-

pectivo linaje, los Rockefeller, los Morgan, los Biddle, conocía como si de algún modo estuviese vinculada con ellas. En Pascua, el presidente Calvin Coolidge y señora se dejaban retratar en el jardín de la Casa Blanca con sus aristocráticos perros pastores señorialmente tratados, y la bandera de Estados Unidos ondeaba en lo alto del asta que coronaba aquella mansión mítica. Él, el pálido e inexpressivo exgobernador civil de Massachusetts, y ella, la esposa como Dios manda que posaba con dignidad elegante, tal como mi madre habría hecho en las mismas circunstancias. En ocasiones menos protocolarias, se fotografiaba a Coolidge pescando en un torrente, vestido con traje negro, sombrero blando de fieltro gris, cuello almidonado y corbata, la imagen cabal de la dignidad inamovible que no tardaría en pulverizar la Depresión. También veíamos allí a nuestro pequeño comandante, James J. Walker, con su simpática sonrisa irlandesa y sus chaquetas de corte elegante, en el instante de entrar en un club nocturno en busca de esparcimiento después de una dura jornada dedicada a saquear la ciudad, y delante de él al alcalde Hylan, que había comprado —¿o era vendido?— todas las aceras de Staten Island, latrocinios que todos parecían encontrar muy graciosos, ya que el robo era el deporte natural de los políticos. De hecho había una sensación de seguridad en la reiteración de sus robos, una suerte de improbidad vivificante. Aunque al mismo tiempo, de un modo misterioso, un presidente, o para el caso el gobernador civil, estaba por encima del fango y en la imaginación se le situaba al lado de los obispos y del Papa, y sin que nadie se riera. Cierta día de verano de comienzos de los años veinte, en Far Rockaway —tuvimos allí alquilado un chalet precioso durante muchos veranos, el nuestro era el primero de la calle y desde él se veía la blanca playa desierta y la pureza del océano—, vi en la ventana de una tienda una foto con crespón negro del presidente Warren Gamaliel Harding, aquel hombre activo, distinguido y barbicano, y

pasé ante la ilustración con un nudo en la garganta, porque era el presidente y había muerto. Transcurrirían muchos años sin que supiese que lo que había presidido era una serie de corruptelas del gobierno de la nación, sin precedentes por lo menos desde la época del presidente Grant.

La sección de rotograbados parecía tener un placer especial en reproducir fotos de los británicos en África y la India, en Malaca y entre los pueblos amarillos y las tribus de pigmeos, y durante incontables semanas con los egipcios, cuya tumba del rey Tut, llena de oro, acababan de abrir. El mapamundi escolar estaba inundado por el rosa británico que señalaba las posesiones del Imperio, subcontinentes enteros y cientos de islas por toda la geografía del planeta. En los rotograbados, los ingleses aparecían con sombrero jíbaro casquiforme y su estupenda nariz recta, a la sombra de las palmeras, o envueltos en pieles entre los esquimales, en bosques espesos y difíciles, y en desiertos ardientes. Hasta aquellos años primerizos de la década de 1920 no se convirtió Estados Unidos en nación acreedora, tras haber sido una de las muchas endeudadas con los bancos británicos desde la época de la Independencia. Aunque, como es lógico, echado bajo el piano Knabe y mientras pasaba aquellas páginas llenas de vida, yo no pensaba en bancos, sino en aventuras entre los indígenas, en ser el primero, linterna en mano, en echar un vistazo por el agujero recién abierto en el muro de la cámara funeraria del rey Tut; qué emocionante imaginarlo. ¿Y si despertaba? Uno de los primeros artículos de prensa que leí hablaba del misterioso y sucesivo fallecimiento de los exploradores que habían entrado en la tumba: abatidos por una maldición, según los periódicos, que se les había echado desde la atmósfera tenebrosa del santuario profanado. Aunque la maldición era escalofriante, ejercía por otro lado una vaga seducción sobre mi madre, y por tanto sobre mí, puesto que confirmaba su fe en los

espíritus, desapegada pero sobrentendida. El aire distaba de estar vacío y al final de su existencia se esforzaría por indagar el futuro. En los años veinte estaba de moda el abecedario espiritista conocido como güija. Tres o cuatro personas se sentaban con esta tabla mágica rozándoles las rodillas, mientras una extendía las manos para hacerla levitar. Buena parte del proceso dependía del clima, ya que el aire húmedo era un excelente conductor de los espíritus, pero sobre todo de la profundidad de concentración de los partícipes. Aunque no conseguía nunca que el objeto se elevase de sus rodillas, ello sólo significaba que no lo hacía bien, no que fuese un fraude. Sabía a la perfección que todo aquello era imaginario, pero su naturaleza consistía en ser ciega y ver al mismo tiempo, en despeñarse por el precipicio y quedarse arriba contemplando su propia caída, y esta mezcla de credulidad y distancia la asimilé ya en la época en que pasaba casi todo el tiempo en el suelo. Desde luego era una artista, sin lugar a dudas, pero era aquél un proceso que podía causar estragos en la búsqueda de la autenticidad que el intelecto de todo niño anhela.

Comprendería yo mucho después que había habido cierta propensión a seguir la tendencia general que, sin que ninguno de nosotros lo supiera, dominaba aquellos años de sublime confianza. Mi padre, sumido en la siesta dominical en el sofá de la salita, hacia cuyo rostro amable miraba yo desde el suelo como quien contempla un bisonte, un búfalo albino que parpadeaba en silencio ante mis alaridos más ensordecedores y que se movía con paso medurado cuando los demás corrían en derredor con histeria, había llegado totalmente solo a Nueva York desde el centro de Polonia antes de cumplir los siete años. Ahora tenía un National con chófer que le esperaba en la acera para llevarle todas las mañanas a la céntrica Séptima Avenida, donde estaban las tiendas de ropa. Una transformación así no tenía nada de extraño, nada de notable, ni

siquiera entonces, ni lo tendría durante muchos años, porque la vida se aceptaba como un despliegue infinito, una especie de pergamino enrollado cuyo mensaje fuese la sorpresa y noticias óptimas.

Es natural, me parece a mí, que el solitario viaje infantil de Isidore por Europa y el océano despertase en nosotros toda suerte de emociones negativas, como escandalizarnos por el hecho de que los padres lo abandonaran o sentir rencor hacia los tres hermanos y las tres hermanas que habían tomado parte en el gran éxodo al Nuevo Mundo. Pero no era más que un episodio de la epopeya, tan incuestionable como lo restante que poblaba nuestro mundo mítico. La explicación oficial era que el abuelo no había podido comprar el billete de papá y que pensaba mandar el dinero en cuanto ganase un poco en Estados Unidos, cuestión de unos meses como máximo. Mientras, el niño abandonado quedó a merced de un tío que no tardó en morir. El muchacho pasó de familia en familia, se le dejaba dormir con las abuelas más chochas y los retrasados, que se ensuciaban en la cama y se ponían a aullar en plena noche, sin importarles con quién dormían. Pobre Izzie; al cabo de los meses tuvo que haberse sentido como un huérfano a carta cabal, aunque esto es algo que sólo he acabado por comprender en los últimos tiempos, más de sesenta años después de conocer la anécdota. Es posible que su orfandad, dicho sea de paso, coadyuvase a la particular ternura que mi segunda mujer, Marilyn Monroe, no dejó nunca de sentir por él; Marilyn era capaz de entrar en una sala atestada e identificar a cualquiera que hubiese perdido a sus padres en la infancia o hubiera pasado un tiempo en un orfanato; a mí se me contagió este instinto suyo, aunque no de un modo tan infalible. En los ojos de un huérfano hay un «¿Me quieres?», una llamada desde los rincones insondables de la soledad que ninguna persona que haya tenido padres conocerá nunca.

El billete de mi padre llegó por fin, y se le instaló en un tren rumbo al puerto de Hamburgo con una cartulina colgada del cuello en que se solicitaba se le entregase, si el desconocido tenía la bondad, en determinado barco que zarpaba hacia Nueva York en determinada fecha. Europa estaba aún, al parecer, lo bastante civilizada para estos lances, y después de tres semanas en tercera —la cubierta inferior donde la luz diurna no brillaba nunca, una zona próxima a las cadenas que movían el timón y donde dos veces al día se abría una cuba de sardinas saladas para las docenas de familias emigrantes, de las que, como es lógico, un niño que viajaba solo no obtenía más que las sobras—, llegó a Nueva York muerto de hambre y con una costra en la cabeza del tamaño de un dólar de plata, como solía decirse. Sus padres estaban demasiado ocupados para recogerlo en Castle Garden y mandaron al hermano inmediatamente mayor, Abe, que estaba a punto de cumplir diez años, a buscarle, hacerle pasar por Inmigración y llevarlo a Stanton Street y al alojamiento de dos habitaciones donde los ocho vivían y trabajaban cosiendo los sobretodos de incontables botones que entonces estaban de moda. Abe, que era un diablillo, llevó a mi padre de paseo por la zona alta de la ciudad para enseñarle, uno por uno, los edificios que, según él, pertenecían ya al padre de ambos. Izzie fue a la escuela durante unos meses y luego se le transfirió a una de las máquinas de coser del piso; nunca más volvería a ver el interior de un colegio. A los doce años tenía ya a su cargo a dos muchachos que cosían mangas de chaqueta con él en un taller del sótano, y a los dieciséis, por encargo de Samuel, su padre, se puso a recorrer las tiendas del Medio Oeste como viajante de comercio, con dos grandes baúles llenos de chaquetas. Pero, según me contó más de medio siglo después en el soportal trasero de mi casa, «llegué a la estación y me volví; aún estaba demasiado pegado a las faldas de mi madre. Volví a intentarlo al año siguiente y entonces lo

conseguí». Me contó esto ya setentón y aun entonces se sentía un tanto turbado por aquella dependencia de su madre, una mujer a la que estuvo entregando su elevado salario semanal a cambio de unas monedas para sus gastos hasta que se casó a los treinta y dos años. Sus tres hermanos habían hecho lo mismo. Mujer formidable, se negaría a darle dinero en un momento particularmente crítico de la Depresión; aunque esto ocurrió mucho antes de mi periodo en el suelo y casi se perdía ya en el pasado cuando trabamos la tranquila charla en mi soportal.

Mi hermano, Kermit, vivió en la periferia de mi existencia hasta que cumplí cinco años y afronté la emocionante perspectiva de ir también a la escuela. Hasta entonces no había sido más que un estorbo que se me cruzaba en el camino cada vez que quería garabatear alguna cosa o recortar lo que fuese de una revista o clavar un clavo en el mueble de la gramola. Ahora que iba a ir con él a la escuela se me convirtió en un héroe, un héroe que me exigía amor. Como hermano mayor que era, toda la responsabilidad era suya y toda la diversión mía, pero él era guapo y yo tenía un aspecto ridículo con aquellas orejas sobresalientes por las que tenía que soportar el inevitable saludo de mi tío materno Moe, cada vez que nos visitaba: «Niño, agacha esas orejas, que viene un túnel». En cuanto a mis parientes paternos, me saludaban siempre con sonrisa de altanería mientras me miraban con fijeza –todos eran enormes bisontes blancos de ojos azules– y se preguntaban: «¿A quién habrá salido?». Yo era el único moreno, con ojos castaños y pelo oscuro. Mi madre, por supuesto, tenía las mismas características, un error de la naturaleza, según ellos, ya que era la única morena vinculada con aquella familia fabulosa. Formaban un clan insólitamente cerrado y sólo contraían matrimonio con personas que se les parecían. A decir verdad, una de mis primas más hermosas se casó con un tío carnal suyo pese a las advertencias del rabino, y aunque vivieron enamorados durante

años, juntas las manos y sin que se cansaran de contemplarse, creo que la culpa acabó por abrirse paso en ella, se marchitó de un modo extraño a poco de cumplir los cuarenta, a causa de algo que nadie pudo diagnosticar entonces, y murió hecha una ruina, sin pelo, medio ciega por algún cataclismo interior, sin sufrir ninguna enfermedad conocida. La morena de mi madre parecía una extraña entre ellos, tal vez incluso un motivo de turbación, sobre todo porque era la más inteligente de la familia; todos tenían en casa un piano de cola Knabe exactamente igual, pero mi madre era la única que sabía tocar, habilidad por la que fingían alegrarse. Cada vez que yo anunciaba el nacimiento de un nuevo hijo mío, la primera y nerviosa pregunta de mi padre era: «¿Es moreno?». El sobrentendido racista me irritaba, pero por entonces, a causa de la reacción del clan contra mí y contra mi madre, hacía mucho que conocía ya el significado del rechazo, de ese rechazo que se intuye cuando se entra en una habitación sin necesidad de que se pronuncie palabra.

Es posible que, aunque sólo sea de manera medio consciente, elijamos nuestra personalidad para mantener cierto equilibrio protector en el pequeño universo de la familia. A Kermit, que me llevaba tres años, lo emparejé muy pronto con mi padre para reforzar el orden y la seguridad. Con sus ojos azules y la piel clara, se parecía mucho al viejo, mientras que mi madre morena y yo estábamos unidos no sólo por el aspecto, sino también por nuestra conspiración tácita contra las trabas y prohibiciones de la realidad. Si yo llegaba de la calle y decía que acababa de ver a un policía con patines, ella se asombraba y me pedía más detalles, mi padre fruncía un tanto el ceño mientras contenía la risa y Kermit alzaba los ojos hacia el techo, escandalizado por semejante tontería.

A menudo me he preguntado por la importancia de estas pequeñeces, no sólo en mi vida sino también en la de los demás. Se trata sencillamente de que la perspectiva